

no sea de estudio y de meditación. La cuestión, por tanto, es bien simple, y fácil la elección; además, la sublimidad del sacerdocio, cuando se lo mira con altura y sinceridad, me ha impresionado siempre. Aunque el cristianismo no fuera sino una fantasía, el sacerdocio no dejaría de ser un tipo divino».

Cuatro meses después, insistiendo sobre su inclinación a «une vie toute privée», pero reconociéndola egoísta, volvía a considerar su salvación en el estado eclesiástico. «El sacerdote es el depositario de la sabiduría y de los consejos, el hombre del estudio y la meditación, y con esto el hombre de sus hermanos. Esa mezcla feliz de vida privada y pública, de soledad para sí, de sacrificio hacia los otros, constituiría para mí el bello ideal de la vida dichosa y perfecta».

Así lo creía, desde las aulas, el joven estudiante, ilusionado por aquel ambiente de recogimiento donde, ávido de saber, abrevaba insaciable en los manantiales de la cultura. Pero en su explicable ofuscación no sospechaba la insalvable incompatibilidad que en un espíritu esencialmente crítico como el suyo sobrevendría al someterse a la disciplina teológica, o sea al hallarse frente al dilema entre la fe y la razón. Desde sus primeras cartas, por cierto, asoman los adversarios, y con relieves tan individuales, que asombra la inadvertencia con que el seminarista fluctuaba entre ambos. La filosofía, abriéndole panoramas imprevistos, fué para él como una revelación. Con su estudio —comunicábale a Enriqueta— se progresa tanto en un año como el género humano en un siglo. «Se ve a las cosas de un modo tan diferente, se reconocen tantos prejuicios y errores allá donde no creía verse sino a la verdad, que se estaría tentado a abrazar un escepticismo universal... Y terminaba encargando a la hermana una peregrinación a la tumba de Kant. Al mismo tiempo, el estudio del hebreo pulía en sus manos el arma demoledora...

El dilema fué previsto, en cambio, por Enriqueta. Desde el primer momento, angustiosamente, tuvo ante sus ojos el drama inevitable, y adivinando que la única salvación estaría en dilatar la irrevocabilidad de una decisión prematura, tomó por aliado al tiempo. Su corazón maternal abrió las alas tutelares con íntima esperanza. Y comenzó su obra con exquisita diplomacia...

«Tu carta, Ernesto mío—escribíale, contestando a la primera en que el seminarista confesaba sus propósitos— es el objeto de mis continuas reflexiones, desde que la he recibido. Involuntariamente me estremezco leyendo las cuestiones que se agitan en tu espíritu, y al pensar que estás librado a esos graves pensamientos en una edad en que la vida es, por lo común, indiferente y frívola. Sin embargo, a pesar de toda mi ternura por ti, no puedo sentirme sino feliz, al verte encarar seriamente lo que tantos otros juzgan con ligereza u obedeciendo a las pasiones de su corazón. Sí, mi buen amigo, los primeros estrenos de la vida tienen una influencia, a menudo irreparable, sobre toda

la existencia, y yo lo sentía profundamente cuando, sin cesar, te pedía reflexiones sobre esta verdad. Se toman por gusto innato las veleidades que ofrece un adolescente de catorce a diez y seis años, sin pensar que el hombre de diez y seis y aquel de treinta años son dos seres casi diferentes... La carrera eclesiástica, ¿no está, como todas, sujeta a jerarquías? ¿Puede el sacerdote disponer de sí mismo? ¿No está obligado, acaso, a seguir la dirección que le fijen sus superiores? «Te lo repito, amigo mío, no te formulo aquí sino proposiciones: ¡que tu ra-

Adquiera Ud. las siguientes páginas de RENÁN, puestas en Castellano con toda habilidad por CORNELIO HISPANO:

Plegaria sobre el Acrópolis  
San Pablo en Atenas  
Testamento  
Dedicatoria de la Vida de Jesús  
Pensamientos  
Noemi  
Neera  
La ciudad de Is  
Elogio de la lengua francesa  
Fiesta de Brehat  
Muerte de Marco Aurelio  
Examen de conciencia filosófica

En las ediciones de EL CONVIVIO.

Precio de la serie: ₡ 1.50.  
En oro am. 50 ctvs.

zón y tu conciencia puedan ayudarte a resolverlas! He vivido bastante, te amo como un corazón devoto sabe amar, y, en consecuencia, me abstengo de aconsejarte en esta circunstancia. Si anteriormente hubiese dependido de mí guiar tu carrera, yo no me hubiera contentado con dejarte una libertad completa, pues tú no eras todavía sino un niño, considerando necesario resistir mucho tiempo, antes de ceder a los gustos que manifestabas. Hoy obro en forma distinta, porque te creo dotado de una razón superior a la de tu edad y siento que es preciso que tu determinación nazca únicamente de ti y no de convicciones ajenas. Pero, mi buen Ernesto, este es un motivo más para suplicarte que no te apresures en un asunto de tal importancia. Espera a ser hombre y capaz de juzgar tanto lo que rechazas como lo que aceptas. Aun cuando persistieses en tus actuales opiniones, ¿no te sería siempre necesario adquirir la experiencia de la vida antes de encargarte de conducir en ella a los demás?» Y en una carta posterior, condensando en una frase su dolorosa experiencia personal, respondía a los ensueños del hermano: «Una vida de soledad para sí, de consagración hacia los otros, de independencia con respecto a todos, sería, ciertamente, la realidad de los sueños de un alma generosa;

desgraciadamente, no existe sobre nuestra tierra. La independencia, el primero de los bienes, es, por sí sola, una brillante quimera...»

### III

EL drama estaba planteado, un drama íntimo, sin pasiones, sin gritos, sin acritud polémica; el drama de dos almas estrechamente unidas a un destino común. Las cartas se suceden; las argumentaciones de ambas partes se entrecruzan, siempre serenas, delicadamente conducidas por exquisita discreción. Al leerlas, dijérase que los actores se corporizan y hablan... Sí, esas cartas, más que escritas, habladas, fueron, acaso concebidas en voz alta, como con una secreta intención de que al leerlas sus respectivos destinatarios evocaran la voz ausente, cuyas vibraciones, grabadas en el alma, inseparables de la correspondiente imagen moral, despertarían con el recuerdo del ser querido, vivificando las palabras. También a nosotros parecemos que se hace perceptible la voz que flota sobre cada una de esas cartas, al modo ideal de la armonía latente que conserva, en su reposo, el cordaje de un arpa. Surgen de las páginas acentos trémulos, cálidos, tímidos, persuasivos, sollozantes; y algunas frases parecen estereotipadas por las modulaciones...

Debatiéndose con su propia confusión y las advertencias de la lógica fraternal, el seminarista continuó insistiendo en su propósito, vigorizando, a veces, su debilitada posición, con argumentos tan sugerentes como este: «Leo ahora con placer extremo las obras filosóficas de Malebranche, el más bello soñador y el lógico más terrible que jamás haya existido. Encuentro en ellas una doble alegría: Malebranche era sin duda un atrevido pensador, y sin embargo era sacerdote, más aún, miembro de una congregación religiosa, y vivió tranquilo en una época en que el concurso de la autoridad secular y el espíritu del siglo concedían mayores exigencias y mayor poder a la autoridad eclesiástica». Buscaba ejemplos, como se ve, para justificar su causa, y al mismo tiempo, como lo atestigua su correspondencia, aplicaba su espíritu de análisis a la teología dogmática, rebelándose contra las sutilezas eclesiásticas. El peligro evidente para Enriqueta consistía, pues, en que al avanzar en su carrera y comprometerse más a cada nuevo paso, llegara un día el honrado seminarista a sacrificarse en aras de una deuda moral, aun advirtiéndolo intelectualmente su falsa posición. Por otra parte, la conquista de una situación económica identificábase en su ánimo a la conquista de un sereno refugio espiritual; y la ilusión de la madre que soñaba verlo sacerdote, contribuía, además, a no desviarlo de la senda iniciada. Sólo Enriqueta, desde lejos, vió los hilos secretos de la trama; sólo ella, sobreponiendo su amor fraternal a toda consideración que no fuera la felicidad del hermano, podía hablar, y habló, con su acostumbrada delicadeza y rectitud, en todo momento. «Que ninguna consideración sobre el interés de tu familia